

A C T I T U D E S

PASTORES EN NOCHEBUENA

(GUION LITERARIO)

POR FELIX FERRER GIMENO

Escenario:

Pequeña aldea. Casa rural de un pueblecito típico de alta montaña, habitado por pastores.

Epoca:

Actual.

Personajes (por orden de aparición):

MANUEL.—*Sesenta años. Pastor. Viste el traje típico y clásico de los pastores. Hombre sano y bondadoso, con creencias cristianas muy arraigadas. Está casado con Marcela y no tiene hijos.*

JUAN.—*Quince años. Seminarista. Prudente. Poco hablador.*

PABLO CARREÑO.—*Veinticinco años. Reservado. De aspecto enfermizo. Viste con cierta elegancia, pero descuidado. Lleva abrigo y bufanda.*

MARCELA.—*Sesenta y dos años. Casada con Manuel. Su aspecto es de mujer limpia, aunque vista modestamente. Por naturaleza es recelosa, pero tiene fondo humano.*

PILAR.—*Cuarenta años. Casada. Servicial y de temperamento nervioso. Viste pulcramente, pero sin elegancia.*

VECINO PRIMERO.—*Pastor.*

VECINO SEGUNDO.—*Pastor.*

VECINO TERCERO.—*Pastor.*

A lo lejos se verá un pequeño pueblecito de la montaña, perdido en la nieve. Luego, una casa del pueblo muy rural. Más tarde, la entrada. Es un portalón grande. Se ve a Manuel y Juan que llevan a Pablo sin conocimiento.

MANUEL: ¡¡¡Marcela!!!

Acude Marcela. Va secándose las manos con un delantal. Al verlos, se sorprende. Un perro ladra.

MARCELA: ¿Pero qué ocurre...?

MANUEL: Ya te contaré. Ahora llevémosle a la cama.

Lo entran a una habitación. Hay una cama alta, una silla y un lavabo de palangana. Un cuadro que reproduce el Sagrado Corazón de Jesús, preside la cama. Manuel y Juan dejan encima del lecho a Pablo, que lleva abrigo y bufanda.

MARCELA: ¿Quién es?

MANUEL: No lo sé.

MARCELA: ¿Pero de dónde sale?

MANUEL: Lo recogí al pie del camino; en el monte. Pedí ayuda a Juan. He andado un buen trecho con él al hombro... ¡y con la nieve a la cintura! En el desfiladero rodamos los dos. El árbol grande nos salvó.

MARCELA: Un día te matarás por esos riscos.

JUAN: No se preocupe. Anda por ellos como si fuera una cabra.

MARCELA: ¡Sí, sí... una cabra...! Alguna vez lo lamentará! ¿Qué hacemos ahora?

MANUEL: Recogerlo y no se hable más.

MARCELA: Claro, no vamos a dejarlo ahí fuera para que se quede como un palo. Mira, Manuel, hace una semana viniste con un perro que asusta a las cabras y a las gallinas.

MANUEL: ¿Y qué querías que hiciera? Lo vi perdió y el pobre tenía hambre. ¡Me miraba de una forma! Has de saber que es de buena raza. Lo guardaremos hasta que salga el amo...

MARCELA: Sólo te ocurren a ti estas cosas.

Manuel mira por la ventana.

MANUEL: Como siga nevando así, dentro de una hora quedamos incomunicados... En algunos sitios hay ya más de un metro.

MARCELA: Pues di que ya lo estamos...

Marcela contempla a Pablo, que sigue inconsciente.

¡Qué le vamos a hacer! ¡Ya no hay remedio! ¡Sabe Dios si despertará!

MANUEL: ¡Mujer!

Juan lo examina y observa que lleva sangre en la cabeza.

JUAN: Lleva una pequeña herida en la cabeza. Como en mi casa hay más sitio, si quiere podemos llevarlo allí.

MARCELA: Oye, nos sobra esta habitación. Aún podemos movernos en la casa.

JUAN: No quise ofenderla. Sólo...

MARCELA: Sí, ya sé, ya sé. Tienes también buen corazón. ¿Os habéis parao a pensar?

MANUEL: ¿Qué?

MARCELA: ¡Mira que si fuera un huido!

- MANUEL: ¿Por qué?
- MARCELA: Anda, regístralo. Puede llevar armas.
*Manuel lo registra y encuentra solamente el carnet de identidad.
Lo mira y se lo da a Juan.*
- MANUEL: ¿Qué pone?
- JUAN: Pablo Carreño Pérez. Nació en Ciudad Real en 1940.
- MARCELA: ¿A qué se dedica?
- JUAN: Aquí dice que es vendedor.
- MARCELA: ¿Casao?
- JUAN: No, soltero.
- MARCELA: ¿Y sin dinero?
- MANUEL: Sí. Al menos sabemos cómo se llama y lo qué hace. ¿Y si le diéramos aguardiente?
- MARCELA: ¿Pero has mirao si respira?
- MANUEL: Sí, mujer, respira... Anda a la cocina y trae unas brasas para calentar el cuarto. A lo mejor con el calor despierta...
- MARCELA: De todas formas, se me hace muy raro... Por Burgalejo no ha llegao nunca ningún vendedor. ¡Mira que si fuera un bandido que se escapara de algo...!
- MANUEL: ¡Y dale! La carretera queda bastante lejos. En fin, Juan es testigo. Lo digo por si pasa algo, que no lo creo... Como sabes, venía de la Casona, de ver al patrón. Dos horas de camino malo, entre mucha nieve. ¿Sabes qué día es hoy?
- MARCELA: ¡Cómo no lo voy a saber!
- MANUEL: Dilo.
- MARCELA: ¿Pero has visto, Juan? Cree que soy tonta o una hereje. ¡Qué día va a ser, pues Nochebuena!
- MANUEL: No te enfades, mujer. ¿No puede uno hablar?
- JUAN: Bueno, no discutan. Lo importante es que han tenido caridad con el prójimo.
- MARCELA: Oye, Juan. ¿Nosotros somos prójimo?
- JUAN: Sí, para los demás lo somos.
- MARCELA: Mira qué bien, pues no la tienen con nosotros. Con lo pobre que somos y nadie nos da caridá. Con el huerto, bueno, a cualquier cosa se le llama huerto, dos cabras y tres gallinas, poco podemos hacer... y una trabajando como una burra. Este está siempre fuera con las malditas ovejas, entre los riscos que me vuelven loca. Al otro lado de las montañas, sí queha y vida. La Rosario escribe y dice que todos los días va al cine y que cuando alguna vez no puede, los señoritos la dejan ver la televisión, que dice que es un invento muy grande porque desde casa, sentada, ve lo que pasa por esos mundos... ¡Cuánto sabrá ya! ¿Y nosotros, qué? ¡Anda, Manuel, di! No te quedes ahí parao. Ni siquiera sabemos leer.
- MANUEL: Es culpa nuestra.
- MARCELA: ¿Nuestra? ¡Lo que me faltaba oír hoy! Si hubiéramos tenío hijos, Manuel, otro gallo nos cantarí!
- MANUEL: No me vas a decir que la culpa es mía.
- MARCELA: Aún no lo sabemos...
- JUAN: Bueno, me voy...

MANUEL: ¿Ves, Juan? Mucho hablar, pero aún no ha traído las brasas para calentar esto... Afuera debemos estar lo menos a doce bajo cero.

MARCELA: Exagerao.

Juan se dispone a salir.

MANUEL: No tengas prisa, hombre...

MARCELA: Vale más que se vaya y avise a la Pilar. Igual ella sabe lo que tiene. Es la que hace de comadre... y más luces que tú y yo, tendrá. Voy a por las brasas.

Sale Marcela.

MANUEL: ¡Cuando le coge mal de ojo a uno...!

JUAN: ¿Que tiene mal en el ojo?

MANUEL: ¡No, hombre, no! Quiero decir que le ha cogido manía a este pobre...

JUAN: Pero tiene un fondo muy bueno...

MANUEL: Sí, eso es verdad.

Entra Marcela con un cubo lleno de brasas.

MARCELA: Podías haberlo traído tú. ¿Digo?

JUAN: Aviso en seguida a Pilar. Si me necesitan, díganlo, y ¡felices Pascuas!

MANUEL: Así lo haremos, hijo. Felices Pascuas.

MARCELA: ¡Y tan felices! Di a tu madre que luego le llevaré la leche.

Sale Juan y Manuel saca de la cartera, de tela, atada con cintas, varios billetes. Se los entrega a Marcela.

MANUEL: Toma. La paga de Navidad. De eso venía de casa del patrón.

MARCELA: Aunque no hubieras ido...

Cuenta el dinero Marcela.

Cuatro mil pesetas. Igual que el año pasao. No se arruinará...

MANUEL: Me dio un cordero también. Ya lo sabes.

MARCELA: Con los que tiene, ya puede.

MANUEL: Me ha dao permiso. Hasta que termine la Navidad no saldré con la cabaña. Hay que celebrar el nacimiento del Niño Jesús.

MARCELA: Es lo menos que podía hacer... Siempre estás con las ovejas...

MANUEL: Las vacaciones me las paga.

MARCELA: Bueno, bueno, ya lo sé... Míralo, aún sigue igual. ¿Tú crees que me iba a quedar sola con este «muerto»...?

Marcela contempla a Manuel.

¡Vaya facha! ¡Mira que casarme con un pastor!

MANUEL: Los había de más partío...

MARCELA: Ni que lo digas. Mira, el Eulalio pronto se comprará un tractor.

MANUEL: ¿Un tractor, dices? Has de saber que en la montaña el tractor no sirve. ¿Qué va a labrar? ¿Arboles? ¿Piedras? ¡Porque por aquí, no hay otra cosa!

MARCELA: ¡Buen dinero que tiene en el Banco...!

Desde dentro de la casa se oye la voz de Pilar.

PILAR: ¿Se puede pasar?

MARCELA: Ahí está Pilar.

Marcela sale a la puerta de la habitación y aparece Pilar, que entra con ella.

PILAR: Ya me contó todo Juan.

Pilar mira a Pablo, que sigue inconsciente.

No sé, no sé.

MARCELA: ¿Grave?

PILAR: No soy médico. El que haga a veces de comadre, no quiere decir que cure también. Por lo pronto traer alcohol, que le limpiaremos la herida de la cabeza.

MARCELA: ¿Alcohol? Hace mucho tiempo que no lo hay.

PILAR: ¿Vinagre y sal sí tendrás?

MANUEL: Sí, eso sí qué tenemos. Voy a buscarlo.

PILAR: Espera. Trae más fuego y coñac.

MANUEL: ¿Sirve aguardiente?

PILAR: Bueno.

Sale Manuel.

MARCELA: ¡Vaya nohecita que nos espera! Este hombre mío no sé cómo se las arregla. ¡Si al menos encontrara alguna vez algún tesoro...!

PILAR: ¿Llevaba papeles?

MARCELA: Un carnet, y en los bolsillos, ni cinco... ¿No lo crees raro?

PILAR: Pues, sí... ¿Y qué es?

MARCELA: Vendedor, pero un vendedor pobre. ¡Porque algo se lleva siempre encima...!

Pilar apoya la oreja en el pecho de Pablo y ausculta el corazón.

PILAR: No se mueve muy de prisa.

Entra Manuel completamente cargado. Lleva una manta, un cubo con brasas, la botella de vinagre, la sal y el aguardiente. Entrega la sal y el vinagre a Pilar, deja la manta en la cama y acerca el fuego al enfermo.

Ahora tenéis que ayudarme a meterlo dentro de la cama.

MARCELA: Venga, Manuel, has algo. Quitale el abrigo, la chaqueta, desnúdalo...

Manuel le quita el abrigo, la bufanda, la chaqueta, la camisa, los zapatos y lo mete dentro de la cama. Pilar le cura la herida con el vinagre y le frota con el aguardiente el pecho y la espalda.

PILAR: Está helao...

Pilar abriga bien a Pablo.

Ahora, a esperar... ¿Dónde lo encontraste, Manuel?

MANUEL: Al pie del camino, en el monte, cerca del carrascal del Eustaquio.

PILAR: ¡Pues sí que estaba lejos del camino principal...! Como todos los años, ya estamos incomunicados. Hay más de dos metros de nieve a diez metros del pueblo.

MARCELA: ¿Sabéis de qué me estoy acordando? De lo que le pasó al patrón hace tres años.

MANUEL: No llegaron a robarle.

MARCELA: ¡Porque supo enfrentarse cara a cara! Fue más valiente que él y lo entregó a la Guardia Civil. Venía con el dinero de las doscientas cabezas que había vendido. A lo mejor es el mismo que vuelve ahora para vengarse.

MANUEL: Bueno, déjate de fantasías.

MARCELA: Ya, ya... ¡Fantasías! Piensa mal y acertarás... Lo dice el refrán.

PILAR: ¿Tenéis agua caliente?

MARCELA: He puesto el puchero para la sopa y debe de estar ya hirviendo.

PILAR: Pues trae dos botellas llenas para que reaccione antes.

MARCELA: En seguida... ¡Si se muere, menuda la hacemos!

Sale Marcela.

PILAR: ¿Cómo se llama?

MANUEL: ¿Sabes que no recuerdo? Sí, un tal Pablo. En la chaqueta tiene el carnet.

Pilar busca el carnet de Pablo en la chaqueta y lo lee. Lo vuelve a dejar en su sitio.

PILAR: Igual es un pariente de alguno del pueblo que viene a pasar las Navidades.

MANUEL: ¡Pues no se nos había ocurrió! Mira que somos tontos...

Entra Marcela con las botellas y las coloca dentro de la cama.

¿Sabes qué me ha dicho Pilar? Que a lo mejor es un pariente de alguno del pueblo.

MARCELA: ¿Y cómo no lo habías pensao? Si es así, pronto lo sabremos. Dame el carnet que en seguida corro la voz... ¡Ojalá que no se equivoque Pilar!

Pilar coge el aguardiente y vuelve a dar friegas a Pablo.

Esta noche te quedas sin quemadillo, Manuel.

MANUEL: Lo mismo da que se gaste por dentro que por fuera...

MARCELA: ¡Míralo qué gracioso...! ¿Te has fijao qué hombre tengo? ¡Cómo vamos a guardar nunca nada!

PILAR: Mujer, hay que pensar en el prójimo.

MARCELA: Y dale con el prójimo. ¿También tú?

Pablo empieza a reaccionar. Se mueve con agitación, como si tuviera una pesadilla.

PABLO: ¡¡¡No...!!!

Pilar le pega en la cara para que despierte.

PILAR: ¡Menos mal, creí que se nos quedaba...!

MANUEL: Ni don Paco lo hubiera hecho mejor.

PABLO: ¿Qué hago aquí? ¿Quiénes son?

MARCELA: Eso es lo que queremos saber.

PILAR: Calma, amigo... ¡Se le ha salvado la vida y esta es una casa decente...!

Pablo mira la estancia asustado. Luego, los contempla, Se calma.

PABLO: Me había asustado.

Manuel llena una copa de aguardiente y se la da a beber a Pablo.

MANUEL: Le entonará. Ha pasado mucho frío, amigo... Le recogí en el monte sin sentido y casi enterrado en la nieve. Media hora más tarde, y no lo cuenta.

- PABLO: Gracias. ¿Qué pueblo es este?
- MANUEL: Burgalejo.
- PABLO: No lo había oído nombrar nunca.
- MARCELA: ¿Entonces no tiene ningún pariente aquí?
- PABLO: No, señora...
- PILAR: Hable poco. Le conviene tranquilidad. Me voy...
- MARCELA: Le prepararé una taza de caldo caliente... Va muy bien.
- PABLO: Se lo agradezco, pero ahora no me apetece nada.
- Pablo se toca la frente con la mano y cierra los ojos con gesto de dolor...*
- PILAR: Lleva un golpe en la cabeza. Le dolerá...
- PABLO: No recuerdo nada. Sólo que volvía con la furgoneta. Me gano la vida vendiendo por los pueblos...
- MARCELA: ¿Y qué vende?
- PABLO: De todo. Hasta televisores... Ya saben, en los pueblos no hay muchas cosas que comprar. ¿Y mi chaqueta?
- Manuel le entrega a Pablo la chaqueta. Mira los bolsillos y luego la deja en la cama con expresión de extrañeza.*
- Llevaba cinco mil pesetas.
- MARCELA: ¿Está seguro?
- PABLO: Claro.
- MARCELA: ¿No creerá que nosotros...?
- PABLO: No quise decir eso...
- PILAR: Hasta luego.
- Sale Pilar.*
- MARCELA: ¿De dónde venía?
- PABLO: De Castora... Iba a la capital.
- MANUEL: Castora cae muy lejos...
- MARCELA: Sí, y este es un lugar apartado. Ha de saber que estamos incomunicados por la nieve. Todos los años, por esta época, pasa igual.
- PABLO: Supongo que mañana...
- MARCELA: ¿Mañana dice? Por lo menos cuente cinco o seis días hasta que vengan las máquinas quitanieves, ¡y no al pueblo... sino al camino...!
- MANUEL: ¡A mil setecientos metros, usted dirá!
- PABLO: ¿Qué día es hoy?
- MANUEL: Nochebuena...
- PABLO: Lo siento. Les he aguantado las fiestas... pero no se preocupen. Procuraré recompensarles...
- Sonríe maliciosamente Marcela.*
- ¿No me creen?
- MARCELA: Sí, sí, claro...
- MANUEL: No haga caso a mi mujer. Hoy está nerviosa...
- MARCELA: Ayer le tocaba dar una vuelta a la pareja, pero
- Mira por la ventana.*
- ya no vendrán hasta que no pasen las navidades.

MANUEL: Es tiempo de paz, Marcela.

Pablo intenta levantarse y no puede.

PABLO: Me duele todo el cuerpo.

MANUEL: Es natural... No se preocupe. Marcela, voy a por el cordero, porque habrá que empezar a asarlo. ¡Cordero asado a la pastora, amigo! ¿Nunca lo ha probao?

PABLO: No, aunque ahora la comida me repugna. ¡Y no crean, soy comedor!

MANUEL: Ya me lo dirá dentro de dos horas, cuando lo huela... Tú, Marcela, a preparar la sopa. Usté quédese ahí y no se mueva. Pronto estará del todo bien. Si precisa algo, no repare en llamar...

PABLO: Gracias.

Pablo cierra los ojos como señal de dolor, y Manuel y Marcela salen.

Cocina con hogar de leña. A la izquierda y derecha del hogar dos bancos cubiertos con piel de cordero como mullido. En un rincón una pequeña mesa. La cocina, aunque humilde, está limpia. El hogar está encendido con leños. Encima hay una pequeña repisa. Marcela saca una olla del fuego. Entra Manuel con una caja de zapatos atada con cuerda. Desata la caja y saca de dentro un Niño Jesús. Coje paja, la amontona sobre la repisa y coloca sobre ella al Niño Jesús. Luego, enciende una lamparilla de aceite. Está contento.

MANUEL: El cordero se ha hecho a fuego lento, como en el monte. Lo elegí yo, ¿sabes?

MARCELA: Lo supongo (pausa). No me quito a ese hombre de la cabeza.

MANUEL: No pienses tanto. ¿Qué tal la sopa?

MARCELA: Es de almendras, como a ti te gusta. No tenemos turrón, pero hay nueces y también higos... Cuando estabas asando el cordero, miré por la rendija de la puerta y vi que lloraba... No sé, pero cuando un hombre llora, algo grande le pasa. Empiezo a creer que ha dicho la verdad... Que sea un desgraciado como nosotros...

MANUEL: Pues claro, mujer. Dios nos ha traído a un hermano para compartir nuestra mesa vacía de hijos...

Llora Marcela.

MARCELA: ¡No sé qué tiene esta noche, Manuel!

Se oye a lo lejos cantar y música de pandeteras.

MANUEL: Ya se oyen los chicos cantar en la Nochebuena.

Manuel y Marcela contemplan al Niño Jesús con fervor.

Antes, cuando he entrado en el cuarto, ¿sabes qué me ha dicho? Que le habían robao todos los ahorros y que su madre estaba en un sanatorio desde hace tiempo. ¡Y luego nos quejamos nosotros! Tenemos un hogar, comemos todos los días...

MARCELA: Sí, es verdad. ¡Y que Dios no nos lo quite!

MANUEL: Nos quejamos de vicio algunas veces.

MARCELA: Seguramente le darían algún golpe y se le llevaría el dinero y la furgoneta.

MANUEL: ¿Sabes si llevaba cosas?

MARCELA: No..., no se lo he preguntao... Igual no lo sabe.

MANUEL: ¡Si recordara algo más! Tiene, según me ha dicho, anesia...

Entra Pilar con Juan. Dejan de oirse las voces y panderetas.

PILAR: ¿Qué, cómo sigue el enfermo?

MANUEL: Ahora se levantará. Continúa quejándose de la cabeza...

PILAR: Estas cosas ya se sabe... La comoción dura tiempo...

Pilar coge del brazo a Marcela y Manuel. Su rostro refleja misterio, habla en tono confidencial.

¿Sabéis qué acaba de oír el tío Romualdo por el transitor que le envió la Rosario?

MARCELA: ¡Hija, cómo lo vamos a saber!

PILAR: Se refiere a él.

MARCELA: Di de una vez, que la impaciencia se me come.

JUAN: No deben de precipitar los hechos. Hay que ser prudente hasta tanto no se conozca la verdad.

MARCELA: Tú, cállate, que aunque seas seminarista, no sabes nada de las cosas de los hombres...

JUAN: Creo que tiene razón Juan.

MARCELA: ¡Dejar que lo cuente de una vez!

PILAR: No sé cómo empezar...

MARCELA: ¿Tan complicao es?

PILAR: Complicao, lo que se dice complicao, no sé... Misterio... mucho...

MARCELA: ¡Que parece un serial de esos de la radio...!

PILAR: Verás. Resulta que estaba oyendo un concurso sobre cosas de Navidad y de repente, al terminar dicen: «En la carretera general número...»

Deja de hablar para recordar el número.

PILAR: Bueno, que más da. Es la que va a la capital, según dijeron.

MARCELA: ¿Pero no sabes abreviar?

PILAR: Si empezáis a interrumpir, no sigo.

MARCELA: ¡Es que... hija!

PILAR: Bueno, que encontraron una furgoneta volcada y con dos hombres muy mal heridos, pero que la documentación de ellos no correspondía a la furgoneta.

MANUEL: ¿Dieron el nombre del dueño de la furgoneta?

PILAR: No. Esperar, que no he terminao.

MARCELA: ¡Venga, mujer!

PILAR: Había una cartera con dinero y la policía estaba investigando, porque eran sospechosos...

MANUEL: Ves, mujer... ¡Siempre desconfiando!

MARCELA: ¿Y qué dicen en el pueblo?

PILAR: Figúrate. No se habla de otra cosa. Quieren verlo... Me parece que hoy no se cenará en ninguna casa.

MANUEL: Pues aquí lo vamos a hacer en seguida...

- JUAN: La bondad divina ha hecho que hoy se hiciera bien en Burgalejo. Servir a Dios, es reinar en su corazón.
- MARCELA: ¡Vaya, cuánto sabes!
- MANUEL: ¡Bien dicho, Juan! Y ahora cada uno a su casa, que es Nochebuena. ¡Andando!
Entra Pablo. Va sin corbata y el cuello de la chaqueta lo lleva subido. Está con frío y tiene aspecto de agotado.
- PABLO: Buenas tardes.
- MANUEL: Buenas...
- JUAN: Con Dios...
- MARCELA: Buenas.
- PILAR: Celebro que ya esté bien.
- PABLO: Gracias, han sido muy buenos.
- MANUEL: Es deber de cristianos.
Pablo se acerca a la lumbre. Se oyen a lo lejos villancicos. Escucha en silencio.
- PABLO: ¡Qué agradable es oírlos aquí!
- MANUEL: ¿En su tierra no cantan villancicos en esta noche?
- PABLO: Sí. Alguna vez los he oído en la radio y cuando pongo la televisión. Para mí ha sido siempre una noche aburrida. Todo el mundo en casa...
- MANUEL: ¿Y su madre no le enseñó a tocar la zambomba?
- PABLO: Supongo que sí, de pequeño. Ahora lleva muchos años en un sanatorio.
- MARCELA: ¡La echará de menos hoy!
- PABLO: Mucho.
- PILAR: ¿Sabe que...?
- PABLO: ¿Qué?
- PILAR: Nada, nada. Quizás luego nos volvamos a ver. Adiós. Vamos, Juan.
- JUAN: Felices Pascuas.
- PABLO: Felices Pascuas.
- MANUEL: Esperar, salgo con vosotros.
Salen Pilar, Juan y Manuel. Pablo se acerca de nuevo al fuego del hogar. Marcela trabaja en la cocina.
- PABLO: ¡Qué bien se está al calor del hogar! Creo que no olvidaré nunca esta Navidad. En las grandes ciudades se vive de otra manera. Se corre demasiado. Creemos siempre que no vamos a llegar. ¿Y para qué tanta prisa? El tiempo es el mismo. ¿Hay iglesia en el pueblo? Hace mucho que no voy. Me da un poco vergüenza decirlo...
- MARCELA: Aquí ya sabe, hable con toda confianza.
- MANUEL: Trabaja uno más de la cuenta y...
- MARCELA: Comprendo. La iglesia está en el pueblo de abajo, que es el Ayuntamiento. En Burgalejo, Cristo debió dar las tres voces. Las diez o doce casas que hay, son casi todas de pastores, pero como ningún año podemos bajar por la nieve, se adora el Belén en el portalón de la casa. Es muy grande y viene de tradición. Este año pondremos al hijo de la Encarna, y mi marido con los demás pastores, lo adorarán. Luego, con instrumentos, panderetas, cascabeles y zambombas, los pastores cantan y bailan.

Entra Manuel con una pandereta y dos zambombas. Da una pandereta a Pablo.

MANUEL: ¿Cómo va la cena?

MARCELA: Ahora pongo la mesa. No seas tan impaciente. Con todo este jaleo, ¿qué quieres que hiciera?

MANUEL: ¿Sabe tocar?

PABLO: Por lo menos ruido saldrá.

Se ponen a tocar alegres.

MANUEL: Hoy se olvidan las penas...

PABLO: Sí...

Pablo contempla al Niño Jesús que hay sobre la repisa.

¡Qué bonito!

MANUEL: Lo compré hace años, cuando estuve en la capital. Me costó treinta reales. Las panderetas y las zambombas las compré también ese día... ¡Tenía unas perrillas locas y..! Ya verá el de esta noche. Puede que hasta cante con nosotros.

Manuel se acerca a Marcela y le habla bajo. Pablo se da cuenta.

MARCELA: ¡Venga, a cenar!

Se sientan los tres a la mesa y Manuel bendice.

MANUEL: «Bendice, Señor, los alimentos que vamos a tomar recibidos de vuestra largueza. El Rey de la Gloria Eterna, nos haga participantes de la Mesa Celestial».

Comen y beben vino.

PABLO: ¡Qué carne!

MANUEL: Sirvele más, Marcela.

Marcela sirve más carne a Pablo, que come con gusto.

¿No lo decía yo?

MARCELA: ¿Por qué no le cuentas al señor lo que habéis pensao...?

PABLO: ¿Qué?

MANUEL: Bueno, no es nada... Aunque somos pobres, hemos acordao entre todos los del pueblo que nos venda un aparato de esos que se oye y se ve.

PABLO: ¿Un televisor?

MANUEL: Eso, eso... Así no perderá tanto... ¿Me entiende, no?

PABLO: No.

MANUEL: Por la radio nos hemos enterao que fueron unos bandidos los que...

PABLO: ¿Cómo dice?

MANUEL: Verá. El tío Romualdo oyó que habían encontrao su furgoneta volcada y los bandidos heridos.

PABLO: ¡No...!

MANUEL: Puede estar contento. Salvó de milagro la vida...

PABLO: No puedo permitir que hagan eso conmigo.

MANUEL: Mire, Pablo, está decidido por todo el pueblo, y nosotros somos muy tercos...

PABLO: ¿Se sabe ya quiénes fueron esos bandidos?

MANUEL: Sólo dijeron que los policías investigaban... Prepararé el quemadillo.

MARCELA: No seas impaciente, hombre. Toavía no hemos comido las nueces y los higos.

MANUEL: Por poco no tomamos el quemadillo.

PABLO: ¿Por qué?

MARCELA: La Pilar le dio friegas con el aguardiente.

Los tres ríen. Marcela sirve las nueces y los higos. Después, Manuel prepara el quemadillo. Pablo da muestras de estar satisfecho.

PABLO: ¡Cómo me he puesto de comer, qué barbaridad! ¡Menudo banquete me han dado!

MANUEL: No será para tanto. El quemadillo hecho con coñac, está mejor, pero...

MARCELA: Debemos ahorrar, que ahora está muy caro...

MANUEL: Eso te lo parecerá a ti, porque mira que el aguardiente...

PABLO: ¡Un día es un día...!

MARCELA: Los hombres no saben hacer otra cosa que gastar en vicios...

Manuel saca una petaca y papel de fumar y se la ofrece a Pablo.

MANUEL: ¿Le hace liar un cigarro?

PABLO: Gracias. Tenía verdaderas ganas de fumar...

MANUEL: Si no, espere... Hace tiempo que guardo unas farías para un momento así.

PABLO: Pues nunca mejor que ahora. No sé cómo agradecerles...

MANUEL: No tiene por qué agradecer nada. ¿Entendido? ¡Estaría bueno que hoy no pudiéramos tener un invitao...

Manuel sale en busca de las farías.

MARCELA: Este hombre mío es un pedazo de pan. Así le va...

Entra Manuel con las farías y le entrega una a Pablo y las encienden. Pablo aspira el humo con verdadero placer. Su semblante ha cambiado, se le ve alegre.

MANUEL: ¿Qué, se siente ya bien?

PABLO: Como nunca...

MANUEL: ¿De verdad? En la ciudad lo hubiera pasao mucho mejor, pero Dios le ha traio a estas tierras... ¡Lo que es la vida, Marcela! ¿Quién le iba a decir a este señor que hoy cenaría en nuestra mesa?

PABLO: En la ciudad no conocemos la vida...

Se oyen voces que vienen de fuera.

MARCELA: Ya están aquí, Manuel. Ofréceles una copa...

Marcela contempla la botella casi vacía.

Vale más que les des vino, porque está vacía... Nueces todavía quedan.

MANUEL: Eso ni se dice...

MARCELA: Vienen por lo del televisor.

PABLO: Pero, ¡mujer!...

MANUEL: Usté a callar. El que manda aquí soy yo...

Van entrando los vecinos. Entre ellos viene Juan. Se descubren respetuosamente al notar la presencia de Pablo.

VECINO 1.º: ¡Con Dios y felices Pascuas!

PABLO: Felices Pascuas.

VECINO 2.º: ¿Qué, preparado, Manuel?

MANUEL: En el portal ya está la paja y todo listo.

JUAN: El hijo de Encarna se ha puesto malo... y no podrá hacer de Niño Jesús.

MARCELA: ¿Qué hacemos, Manuel?

MANUEL: ¿Habéis hablado con la Carmela? El chico de ella podrá sustituirlo.

JUAN: Es que es mayor que el de Encarna.

MANUEL: Siendo niño, lo mismo da. ¡Se busca la inocencia..! Parece mentira tú que estudias estas cosas... Anda, avísala, para que tenga al crío preparao.

MARCELA: Pues si supieras lo contenta que se pondrá. Ayer mismo me dijo que nunca pensasteis en su pequeño.

Sale Juan, pero antes entrega discretamente dinero a Manuel.

VECINO 3.º: Bueno, y a lo que venimos, Manuel.

Se acerca a Pablo y le habla.

Manuel ya le habrá dicho...

PABLO: Sí... Estoy enterado de todo... pero no lo consiento.

MANUEL: Usté a callar y déjenos hacer a nosotros...

Van pasando los vecinos y entregan a Manuel dinero. Manuel saca de su cartera de tela un billete y lo coloca junto a los demás.

Luego, los cuenta y se los entrega a Pablo.

Cinco mil pesetas a cuenta del televisor. Más adelante le enviaremos lo demás.

Pablo se niega a aceptar el dinero.

PABLO: ¡Pero cómo voy a aceptar esto...!

MANUEL: ¡Veis qué terco es! Ahora el sorteo, para ver a qué casa va... Tú que sabes algo de letras, escribe los nombres.

Un vecino escribe en varios papeles, que dobla y luego mete en una boina. Se la da a Manuel y éste se la acerca a Pablo.

Usté mismo saque un papel.

PABLO: Insisto. No puedo aceptar.

MANUEL: No es limosna. Sólo una compra... Nos ha caído simpático...

PABLO: Bien, les venderé el televisor pero a precio de coste...

MANUEL: Conforme y, ande, saque uno.

Pablo extrae un papel de la boina.

Lea.

PABLO: «Pablo Carreño».

Pablo pone cara de sorpresa.

No puede ser...

MANUEL: ¡Sí, hombre, para usté! ¡¡Aquí no hay luz eléctrica...!!

Todos ríen. Pablo contempla las cinco mil pesetas sin saber qué hacer, pero al final guarda el dinero. Van saliendo.

¿Qué, se viene?

PABLO: Sí, quiero adorar también en esta Nochebuena.

En el portalón está preparado ya el Belén con el Niño, los pastores van pasando y lo adoran. Llevan bacbones encendidos. Luego tocan y cantan villancicos. La escena es de gran plasticidad y emoción. Pablo se arrodilla y reza...

* * *

En la cocina, Marcela recoge el Niño Jesús de la repisa y lo vuelve a meter en la caja. Sobre la mesa un sobre y las cinco mil pesetas. Está algo triste. El bogar está encendido. Entra Juan vestido con sotana. Han terminado las Navidades y el pueblo ha dejado de estar incomunicado. Es por la mañana temprano.

MARCELA: ¡Terminaron las Navidades...!

JUAN: Sí, venía a despedirme. Empiezan ya las clases.

Juan contempla el sobre y el dinero que hay encima de la mesa.

MARCELA: Lo dejé Pablo. Marchó al amanecer. ¿Por qué no habrá querido despedirse? Cuando vuelva Manuel, se llevará un disgusto. ¿Quieres hacer el favor de leerla, hijo?

Juan coge el sobre y saca la carta. Lee para sí.

VOZ EN OFF: «Amigos: No puedo aceptar el dinero. Me quemaría las manos. Quizás no los vuelva a ver nunca. Mas si así fuera, sepan que están en mi corazón. No me llamo Pablo ni tampoco soy vendedor. Mentí porque siempre ando huyendo... La vida fue cruel conmigo. Ahora voy camino del pueblo al encuentro de la Guardia Civil. Estafé, robé y logré escapar de la muerte. ¿Recuerdan el accidente? Bueno, no quiero cansarles más. Es difícil de explicar todo. En la sencillez y humildad, está la verdad de las cosas... Gracias, muchas gracias...»

MARCELA: ¿Pero qué dice?

Juan está emocionado.

JUAN: Nada... ¡Que aquí empezó su vida...!

Juan tira la carta al fuego y contempla cómo se quema.

F I N